

El relato de un herido
León Trotsky
29 de enero de 1913

(Versión al castellano desde “Récit d’un blessé”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 219-224. Publicado en *Luč*, número 23, 29 de enero de 1913.)

- Pertenezco al 8º regimiento. Marchamos a Lozengrad (Kirklareli) vía Kavakli. No recuerdo qué día era. Mi herida no es grave, pero recibí un gran golpe en la cabeza y desde entonces no recuerdo bien las fechas. Había estado lloviendo todo el día. Había barro por todas partes, lo que hacía que caminar fuera muy cansado. Mochila, abrigo y fusil, son más de setenta y dos libras que cargar. Y nuestra ropa estaba empapada.

- Nuestro regimiento seguía el curso del río Büyük. Había otros regimientos en la región, pero como soldados rasos no debíamos saber dónde y cómo se movían los demás. Nuestra misión era ir donde nos ordenaran, disparar y morir. Nos encontramos cara a cara con los turcos a orillas del río. No puedo decir con seguridad cuántos eran, pero nuestra gente dijo que había tres brigadas enteras. Dos batallones del 8ª regimiento fueron los primeros en ser atacados. Tras sufrir graves pérdidas, se retiraron, pero no se disolvieron: moviéndose hacia su flanco izquierdo, sorprendieron al destacamento turco por la retaguardia. Mientras tanto, los turcos habían tomado la posición que habíamos abandonado y no se dieron cuenta de que nos acercábamos por detrás. La noche fue oscura, sórdida, húmeda y fría. Hacia la una de la madrugada, ocupamos un pueblo del que, en realidad, sólo quedaban ruinas. Los turcos lo habían quemado por completo. Nos instalamos como pudimos en lo que quedaba, encendimos un fuego y nos secamos. Mientras descansábamos, dos escuadrones del 31º regimiento cargaron contra el destacamento turco con ametralladoras en cabeza y cañones a los lados. Una vez que hicieron contacto, dispararon hasta las cuatro o cinco de la mañana. Supongo que los turcos entraron en pánico, sin saber en qué dirección retirarse. Esperamos hasta el amanecer y entonces también nosotros, todo el 8º regimiento, atacamos detrás del 31º.

- Después de esta batalla a lo largo del río, esperábamos encontrar el grueso de las fuerzas enemigas más adelante. Pero durante la mañana, cuando entramos en contacto con las posiciones turcas, no encontramos resistencia. Todo lo que encontramos fueron cadáveres, no menos de doscientos o trescientos, y varias docenas de soldados y oficiales gravemente heridos. Los matamos a bayonetazos en el acto. Nos habían ordenado no perder tiempo transportando a los heridos...

No me pregunte nada al respecto: el recuerdo de la masacre de aquellos hombres desarmados, aplastados y medio muertos es insoportable... Nuestros dos regimientos llegaron a Lozengrad sin encontrar resistencia. Incluso antes de que llegaran los primeros regimientos búlgaros, los turcos habían huido de la ciudad. Gran parte de la población judía también había huido, pero aún quedaban algunos. Prácticamente todos los griegos se habían quedado y, por supuesto, también los búlgaros. En el espacio de veinticuatro horas, casi 120.000 de nuestros soldados partieron hacia Lozengrad. Ya he explicado que no hubo combates cuando se tomó la fortaleza porque los turcos ya se habían marchado. Durante la marcha a través del río Büyük hacia Lozengrad, nos apoderamos de una gran cantidad de armas, municiones y suministros médicos. Habían dejado mucha comida en los pueblos. La gente que se había quedado en Lozengrad, especialmente los búlgaros, nos dieron una calurosa bienvenida. Nos alojamos con ellos en grupos de diez a quince

personas. Nos ofrecieron vino y todo tipo de comida. En Lozengrad encontramos una gran reserva de víveres, suficiente para seis meses de la guarnición turca. Después de la agotadora marcha a través de la escarcha y el barro, disfrutamos de la escala en Lozengrad. Recuperamos nuestras fuerzas.

- ¿Dice que Lozengrad fue tomada el 11 de octubre? No recuerdo la fecha... Bueno, eso significa que nos quedamos en la ciudad desde las seis de la tarde del día 11 hasta el mediodía del día 12. Luego partimos de nuevo y llegamos a un pueblo llamado Kavakli donde pasamos la noche. El pueblo había sido incendiado y no teníamos nuestras tiendas. Nos habíamos deshecho de ellas en la marcha hacia Lozengrad. Pensábamos que tendríamos que hacer frente a un enfrentamiento importante y las tiendas habrían estorbado. En Kavakli, recogimos cancelas, puertas, empalizadas, cualquier cosa que pudiera ser útil para encender un fuego y cocinar *čorba*. Comimos y descansamos alrededor del fuego. No podíamos tumbarnos porque nos hundíamos en el barro y la lluvia no daba tregua. A las seis de la mañana reanudamos la marcha hacia Ceylanköy.

- Allí estaba nuestro regimiento (el 8º regimiento), seguido del 21º, con un escuadrón de caballería en cabeza (o eso creo) y dos batallones cerrando la columna. Otras columnas marchaban en la misma dirección que nosotros, hacia Lüleburgaz, pero no sabíamos nada en concreto. Pasamos la segunda noche en otro pueblo y la noche siguiente, que debió ser la 13, en un bosque. No llovía, pero hacía frío y viento. Talamos varios árboles y dormimos alrededor del fuego. Por la mañana, reanudamos la marcha. Ese día, hubo un gran enfrentamiento entre nosotros y los turcos cerca del pueblo de Kuliba, en la carretera de Lüleburgaz. Participaron dos de nuestros regimientos, el Danubio y el Iskur.

- La batalla duró catorce horas. No sé cuántos hombres quedaron fuera de combate, sólo que sólo quedó uno de los dos regimientos. Nos apresuramos a ayudar a este regimiento y llegamos al anochecer. Pero los turcos se habían retirado diez a quince kilómetros hacia el sur, hacia sus posiciones principales. Pasamos la noche en Kuliba, un pueblo todavía intacto, donde también encontramos comida. El día 15, cerca de Lüleburgaz, oímos el estruendo de los cañones, pero no pudimos averiguar de dónde venían. Habiendo avanzado tanto en columna, nos reagrupamos y nos dividimos en pelotones para evitar sufrir demasiadas bajas bajo el fuego de la artillería turca. Avanzamos un kilómetro y medio. Y entonces empezaron a llover las granadas. Nos dividimos en grupos aún más pequeños, avanzando en fila india. Los turcos estaban en una prominencia del terreno. No podíamos verlos, pero una tormenta de fuego cayó sobre nosotros. Era como si dispararan al azar, sin un objetivo preciso, de modo que, de diez bombas, sólo una causó algún daño. Pero fue suficiente, porque el fuego era implacable. Varios de nosotros caímos... Perdimos muchos oficiales, algunos murieron, otros se quedaron atrás o se dispersaron. Los dos regimientos se encontraron sin mando, mezclados sin saber qué hacer ni qué dirección tomar.

- Desde allí arriba, nos escupían fuego y plomo. Fuego infernal. En medio de la confusión, nos retiramos de forma desordenada. Sálvese quien pueda, durante dos kilómetros, hasta que estuvimos fuera del alcance de los cañones. Entonces nos detuvimos y nos reagrupamos. "Pero, ¿qué hacemos? Debemos seguir adelante". Cada uno de nosotros, al vernos en los ojos del otro, nos sentimos avergonzados. Nos habíamos refugiado del bombardeo mientras otros soldados morían. Por iniciativa propia, formamos compañías, sin preocuparnos de qué regimiento procedía cada uno. Algunos oficiales se unieron a nosotros y nos ordenaron avanzar. Apuntábamos de nuevo hacia la montaña. Cuanto más nos acercábamos, más rápido íbamos. Al final, empezamos a correr. Nos lanzamos hacia adelante, gritando y perdiendo el control de nosotros mismos. Un hombre cuerdo no puede luchar. A nuestro alrededor, estallaban las granadas y volaban las balas.

Los turcos debieron oír nuestros gritos e imagino que se habrán quedado impresionados. Finalmente, conseguimos ver a nuestros enemigos y nos sentimos mejor: ni siquiera el fuego de las ametralladoras nos asustaba ya. Empezamos a correr de nuevo, disparando como locos, al azar, para infundirnos valor.

- Fue muy cerca de la cima cuando me hirió un trozo de metralla. Primero oí un zumbido sobre mi cabeza y luego sentí una descarga. Me dio en la mejilla. No sentí dolor enseguida, así que seguí corriendo. Entonces vi correr la sangre y se me nubló la vista. Sin dejar de correr, me acerqué a los hombres de mi pelotón. Fue entonces cuando cayó otra granada delante de mí: “¡bzzzzz y bang!”, diez hombres cayeron muertos. Seguí corriendo, sujetándome la mochila por encima de la cabeza para protegerme de los proyectiles. Otra granada me tiró al suelo. Tenía la espalda magullada. La mochila me había estallado en las manos. Tembloroso, caí al suelo y se me cayó el fusil. Me quedé tumbado con la cara en el barro. No sabía si estaba vivo o muerto. “Debo de estar muerto”, pensé, pero seguía oyendo los silbidos por encima de mí: “¡bzzz... bang, bang!”. Entonces oí a mis camaradas gritar: “¡Hurra, hurra!”.

Volví a levantarme y, una vez en pie, sin fusil, grité “¡Hurra!” con ellos. Finalmente, nuestra artillería intervino, los hombres cargaron las ametralladoras a hombros y las primeras compañías alcanzaron la cima de la montaña. Los turcos habían abandonado su posición y escapado. Un oficial me dijo: “¿Qué haces? Vuelve a la retaguardia y que te curen.” Me palpé la cara y me di cuenta de que tenía la mandíbula destrozada. Retrocedí una versta y me dirigí a nuestra unidad médica. Estaba en una pequeña colina. Las granadas llegaban hasta allí, pero caían a mi lado. Me vendaron. Desde donde estaba, podía oír el estruendo de los cañonazos búlgaros. La batalla duró toda la noche y todo el día...

- ¿Tuve miedo? Al principio sí, pero después no. Cuando subimos a la montaña, no teníamos miedo. Seguíamos corriendo y gritando, las granadas y las balas silbaban a nuestro alrededor, la muerte nos acechaba por todas partes, los hombres caían uno tras otro, sólo para levantarse y volver a caer. La muerte te pisa los talones, está delante de ti, en todas partes. No hay salvación para nadie. En una situación así, te olvidas de ti mismo, ya ni siquiera sientes tu cuerpo, ya no tienes miedo, sigues corriendo y ya está. O huyes de la muerte o corres hacia ella. Y si tienes miedo, no puedes seguir...

- Fui tratado y transportado el mismo día a Lozengrad, con otros heridos leves, en un vagón. Todos los edificios importantes habían sido convertidos en hospitales. Había no menos de cuatro mil heridos que tratar. Había escasez de camas, por lo que los heridos yacían sobre paja, y sólo unos pocos tenían colchones de paja. Algunos médicos, enfermeras y soldados del servicio médico acababan de llegar a Lozengrad procedentes de Sofía. Todavía no había suficientes médicos. Después de todo, ¿qué es un herido? Una carga. No pensaban mucho en nosotros. Me quedé dos días en Lozengrad, pero no en el hospital. Por suerte, me reuní con unos parientes que tenía en la ciudad y me quedé con mi familia. Los lugareños habían formado comités médicos de rescate, de lo contrario muchos de nosotros no habríamos sobrevivido. Dos días después, subieron a los heridos menos graves a unos carros. Eran doscientos cincuenta, cada uno con dos o tres heridos. Guardo un mal recuerdo de aquel viaje. Los temblores, el dolor, el delirio, el chirrido de las ruedas y las quejas constantes. Era peor que luchar. Llegamos a Kaybilar. Desde allí, tras otros tres días en los carros, llegamos a la estación de Straldža. Nos cambiaron las vendas, más o menos bien, y a las seis de la tarde subimos al tren. Aún faltaban veinticuatro horas para llegar a Sofía. Los heridos más graves se quedaron allí y los demás siguieron hacia Tárnovo u otras ciudades.

- Durante el viaje, nos cruzamos con muchos trenes militares, llenos de regimientos serbios, que se dirigían a Andrinópolis. Pasaba un tren por hora y nos

cruzamos con no menos de quince. Nosotros, los inútiles, fuimos transportados a otro lugar y los que gozaban de buena salud ocuparon nuestro lugar... Este es mi segundo día en Sofía. Mañana por la mañana me voy a Varna a reunirme con mi mujer y mi hijo. Hoy, en el hospital, me han cambiado el vendaje. Todavía no puedo comer alimentos sólidos, pero no importa, mi mandíbula se está curando. Lo que me preocupa es la cabeza: sigo cansado, como si alguien me hubiera comprimido el cerebro. Aún tengo el resplandor de los disparos delante de los ojos y en los oídos ese retumbar de “¡bzzzz... bzzzz... bang!”. La cabeza me da vueltas y no puedo dormir. Una vez que has visto la batalla y la muerte desatada, con bajas y heridos, no puedes encontrar la paz. No, nunca volveré a ser el mismo.

- Ahora vuelvo a casa, pero no sé qué va a pasar. Me persigue la ansiedad, siento que he perdido el rumbo. No puedo dormir por las noches, oigo la metralla y no paro de darme la vuelta en la cama. Estaría mejor bajo el fuego enemigo, al menos allí te olvidas de todo...

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es